

# Acumulación originaria y capitalismo neoliberal. Una posible lectura del Chile post-golpe Primitive Accumulation and Neoliberal Capitalism. A Possible Reading of Post-coup Chile

ANDREA FAGIOLI\*  
UNSAM-CONICET

**RESUMEN.** El artículo se propone pensar el «capitalismo neoliberal» a la luz de la noción marxiana de «acumulación originaria» e intenta verificar el marco teórico construido en la historia contemporánea de Chile. La primera parte es una exploración del debate actual sobre la noción de acumulación originaria. La segunda parte caracteriza al capitalismo neoliberal como una forma de nueva acumulación originaria, de la cual podemos identificar un polo objetivo, que llamamos neoliberalismo como

desposesión, y un polo subjetivo, que enmarcamos en lo que llamamos neoliberalismo como tecnología (o neoliberalismo biopolítico). En la tercera parte tomamos la historia del Chile post-Golpe, para hacer emerger la función fundadora de la violencia en el capitalismo neoliberal.

*Palabras clave:* acumulación originaria; neoliberalismo; chile; producción de subjetividad; capitalismo.

\* andrea.fagioli81@gmail.com ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-0252-8920>.

Licenciado en Filosofía por la Universidad de Perugia (Italia) y magister en Periodismo por la Universidad de Sassari (Italia). Actualmente es alumno del doctorado en Filosofía de la Universidad Nacional de San Martín (Argentina) y becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)/Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG). Su principal interés de investigación es la subjetividad política desde la perspectiva del marxismo postoperaista.

Agradezco al Dr. Matías L. Saidel (CONICET, Argentina), quien ha leído varios borradores de este artículo, el diálogo constante que mantenemos sobre las cuestiones centrales de este trabajo. También quiero agradecer a los dos evaluadores anónimos que, gracias a sus comentarios rigurosos y respetuosos a la vez, han permitido que este texto haya ganado mayor consistencia conceptual y expositiva.

**ABSTRACT.** This paper aims to envisage neoliberal capitalism through the prism of the Marxian notion of «primitive accumulation» and to verify this theoretical framework in contemporary Chile. The first part is an exploration of the actual debate about the notion of primitive accumulation. The second part characterizes neoliberal capitalism as a new form of primitive accumulation. For this I identify an objective pole, which I will call neoliberalism as a form of

«dispossession» and a subjective pole, as a part of a I will call neoliberalism as a form of technology (or biopolitical neoliberalism). In the third part I will use the post-coup period in Chile to shed light on the founder function of violence in neoliberal capitalism.

*Key words:* Primitive Accumulation; Neoliberalism; Chile; Production of Subjectivity; Capitalism.

### 1. Introducción

En una entrevista al *Sunday Times* del año 1981, la entonces *Prime Minister* británica M. Thatcher dijo que la economía era (sólo) un método y que el verdadero objetivo (de su administración) era cambiar corazones y almas (Butt, 1981). Más de dos décadas después, en 2006, el *tycoon* estadounidense W. Buffet sostuvo que había una guerra de clase y que la suya -la *rich class* (*sic*)- la estaba haciendo y la estaba ganando<sup>1</sup>.

La reflexión que proponemos aquí da vuelta alrededor de dos cuestiones, profundamente imbricadas entre sí y que se encuentran en el núcleo de las citas. La primera es que el neoliberalismo no puede ser reducido a una teoría económica y la segunda es que en la etapa actual del capitalismo, pese a un relato que expulsa el conflicto, existe un proyecto de explotación. Por esta razón hablamos de «capitalismo neoliberal»<sup>2</sup>.

Nos parece necesario, en primer lugar, explicar la estructura del artículo, que se compone de una *Introducción* y de un cuerpo constituido por tres partes principales. Las primeras dos exponen el núcleo teórico de la reflexión y podrían ser un ar-

tículo en sí. La primera es una pequeña exploración de las lecturas actuales en torno a la noción marxiana de «acumulación originaria», que amplían las lecturas clásicas sobre la prehistoria del capitalismo entendida en sentido cronológico; la segunda intenta poner en tensión algunos planteamientos de aquel debate, para pensar el capitalismo neoliberal a la luz de esa noción, de la cual distinguimos un polo objetivo -la dimensión de rapiña- y un polo subjetivo, que remite al afán neoliberal de penetrar corazones y almas y de construir una figura subjetiva que pueda funcionar dentro de los dispositivos del capitalismo contemporáneo (de los cuales es condición de posibilidad). Posteriormente, usamos estas dos primeras partes como una suerte de marco teórico para leer la historia de Chile después del golpe de Pinochet. Como anuncia el título del trabajo, se trata de una lectura posible que no pretende revelar la cifra oculta de lo que es la sociedad chilena actual, ni todos los posibles significados de lo «neoliberal».

Elegimos Chile porque, a partir del 11 de septiembre de 1973, ese país ha sido un laboratorio formidable para el capitalismo neoliberal -la aviación militar chilena

bombardeó la *Moneda* más de un lustro antes que R. Reagan y Thatcher ocuparan respectivamente sus escritorios en la *Casa Blanca* (1981) y en *Downing Street* (1980)– y ha constituido una de las negaciones contra-fácticas del relato que imagina capitalismo y democracia<sup>3</sup> como dos caras de la misma moneda<sup>4</sup>.

Se puede objetar que se ha tratado de un fenómeno regional y que Chile no ha sido el único país donde un neoliberalismo «desde arriba»<sup>5</sup> ha sido instalado a partir de las dictaduras de los años ‘70 y ha sido sucesivamente consolidado «a partir de gruesas reformas estructurales, según la lógica de ajuste de políticas globales» (Gago, 2014: 9). Sin embargo, nos parece que en ningún otro país del Cono Sur, los dispositivos neoliberales han penetrado tan hondo, estructurando formas de vida y subjetividades, sin que el signifi-cante «neoliberalismo» haya pasado a representar un referente negativo en el debate *mainstream*<sup>6</sup> y sin que las políticas macroeconómicas hayan sido puestas en tela de juicio.

Además, producto de los vínculos orgánicos entre la Escuela de Chicago y la facultad de Economía de la Universidad Católica de Santiago, el caso chileno representa un objeto privilegiado para analizar la manera en que se han combinado violencia y reconfiguración del rol del Estado para la implementación de un modelo teórico en un territorio, apoyándose en la eliminación de la resistencia *manu militari*. En otras palabras, Chile constituye, para nosotros, una demostración de la voluntad de explotación que subyace a aquella que ha sido llamada «nueva razón del mundo» (Dardot y Laval, 2013).

En el marco de lo que llamamos «neoliberalismo desde arriba», es decir lo que se expresa a través de decisiones, nos parece necesario diferenciar un neoliberalismo como *desposesión* y un neoliberalismo como *tecnología* (o neoliberalismo biopolítico), donde el segundo indica tanto la predisposición de un ambiente en el cual pueda operar el capitalismo neoliberal -incluyendo formas productivas novedosas, que no se limitan al hecho de «arrebatar» riqueza existente-, como la producción de sujetos que constituyen su *conditio sine qua non*. Se trata de dos maneras de operar que pueden funcionar juntas, coordinarse y, también, entrar parcialmente en tensión. Si en el primer caso se trata de un capitalismo de rapiña, en el segundo nos encontramos frente a una racionalidad que ha inspirado las reformas de los socialistas franceses en los ‘80, los laboristas británicos en los ‘90, el partido demócrata italiano, así como los gobiernos del centro-izquierda chileno<sup>7</sup>. Es decir, fuerzas políticas que, desde ya, se «liberalizaron», pero que no son inmediatamente expresión de las *élites*.

## 2. Una prehistoria coextensiva a la historia

En el *Capital*, Marx sostiene que no hay nada natural en el hecho de que una clase de individuos esté obligada, para sobrevivir, a vender su fuerza de trabajo como una mercancía. Rechazando el relato idílico de la Economía política, que sobre la base de la conducta prehistórica distingue una *élite* de hombres virtuosos, trabajadores y ahorradores, de unos desgraciados que gastan aún más de lo que tienen, el fi-

lósofo alemán llama «acumulación originaria» el proceso que separa productores y medios de producción. Un proceso violento de expropiación que, escribe, «ha quedado inscrito en los anales de la historia con trazos indelebles de sangre y fuego» (Marx, 1975: 894).

En la tradición marxista, la noción de «acumulación originaria» ha sido generalmente confinada en los estrechos márgenes del problema de la *transición* desde el modo de producción feudal al modo de producción capitalista. En muchos casos, la etapa capitalista ha sido pensada como un pasaje obligado que la historia, con su sabiduría, tenía previsto en el largo camino hacia la sociedad (última) sin clases ni estado.

La acumulación originaria, desde aquella perspectiva, representaba entonces la prehistoria del modo de producción capitalista en términos exclusivamente cronológicos. Era aquel segmento de tiempo que precedió al capitalismo, durante el cual se crearon las condiciones materiales de su funcionamiento. Después, bajo el paradigma «normal», el obrero habría quedado a la «merced de las *leyes naturales de la producción*», es decir, entregado al predominio del capital, predominio que las propias condiciones de producción engendran, garantizan y perpetúan» (Marx, 1975: 922). Sin embargo, para Marx, bajo el dominio de estas leyes naturales, la violencia extraeconómica no desaparece completamente; vuelve a aparecer, aunque sólo ocasionalmente. Esta posible aparición -Marx se refiere, vale aclararlo, a una violencia funcional a la acumulación capitalista y no piensa aquí en eventuales brotes de violencia revolu-

cionaria- es una invitación a problematizar la lectura de la acumulación originaria.

En las últimas décadas, varios protagonistas del debate «crítico»<sup>8</sup> han recogido esa indicación marxiana, volviendo sobre aquella noción y cuestionando la perspectiva de la «escolástica» marxista. Según algunas de estas perspectivas, la acumulación originaria, lejos de ser una etapa inscrita en el tiempo lineal de la historia (y, también, en un espacio definido) y cerrada de una vez y para siempre, es coexistiva al modo de producción capitalista.

En este debate, M. De Angelis (2012) identifica dos marcos interpretativos, que remiten respectivamente a Lenin y a R. Luxemburgo. Podemos pensar el primero como un paradigma histórico y el segundo como un paradigma geográfico. En uno opera una necesidad histórica, en el otro una necesidad immanente a la lógica de funcionamiento del capital, empujada por crisis estructurales.

Vayamos por partes. En su polémica con los populistas rusos<sup>9</sup>, Lenin (1972) consideraba como inevitable, y en última instancia positiva, la creación de un mercado capitalista en Rusia, por las contradicciones que habría necesariamente implicado el hecho de terminar con el absolutismo asiático, pese a la destrucción de las comunidades rurales que, con igual necesidad, iba a conllevar<sup>10</sup>. Muchos marxistas del así llamado «Tercer mundo», al considerar pequeño-burguesas las formas comunales de propiedad (Midnight Notes Collective, 2012), se colocaron en la misma senda.

Este modelo «universal» de desarrollo histórico, así forjado, implicaba que en cada espacio se reprodujera, aunque en

formas específicas y parcialmente distintas con respecto a aquellas relatadas por Marx, la separación de los productores y los medios de producción; y esto para que pudiera cumplirse el salto histórico de una sociedad feudal a una sociedad capitalista moderna. Muchos espacios fueron colocados, desde este punto de vista, en una suerte de «sala de espera de la historia»<sup>11</sup>.

Por otro lado, en el marco de sus reflexiones sobre el imperialismo, Luxemburgo (2011) sostiene que la acumulación originaria es un fenómeno situado espacio-temporalmente, pero subraya, paralelamente, que el capitalismo necesita franquear constantemente sus límites y convertir en capitalistas espacios que anteriormente no lo eran. De esta manera, en su movimiento centripeto, el colonialismo somete con la violencia a territorios no-capitalistas<sup>12</sup>, reproduciendo a una escala mucho mayor la misma tarea desarrollada por la acumulación originaria<sup>13</sup>. S. Amin (1975) ha retomado esta intuición para plantear la persistencia, en el siglo XX, de los mecanismos descritos por Marx, inscribiéndolos en una lógica geopolítica, que habría operado en beneficio del centro y en desmedro de la periferia.

En las últimas décadas el debate ha sido particularmente vivaz y nos ha entregado herramientas conceptuales más fecundas para pensar el presente del capitalismo. En 1990, el Colectivo *Midnight Notes* (2012) en un número de la homónima revista, titulado significativamente *New Enclosures*, ha planteado una tesis que guía aquí nuestro trabajo, aunque será integrada con otras perspectivas que piensan la producción de subjetividad. La tesis es la siguiente: los nuevos cercamien-

tos son un «componente estructural de la lucha de clases». Adoptando un punto de vista en el cual emerge la influencia del *operaismo* italiano<sup>14</sup>, los autores sostienen que cualquier salto en el «poder proletario» necesita una respuesta capitalista, tanto en el nivel de la apropiación de recursos y de nueva fuerza de trabajo, como en el nivel de la extensión de las relaciones capitalistas. «[D]e lo contrario el capitalismo se enfrenta al peligro de extinción».

Lo que queda implícito en la tesis, que es lo que los autores del colectivo introducen en el debate, es una diferencia cualitativa en las formas en que se da la acumulación originaria. Es decir que hay cercamientos que repiten, aún con sus especificidades, los mecanismos descritos por Marx; pero también hay otros de tipo nuevo que embisten el espacio global y responden a una lógica integrada.

Para caracterizar estos nuevos cercamientos es posible, en primer lugar, retomar la perspectiva de Luxemburgo y resignificarla de una manera que podríamos definir «intensiva». Como dijimos, la autora polaca sostiene que el capitalismo nace y se desarrolla en un ambiente no-capitalista y está obligado a franquear sus límites constantemente para incorporar nuevos espacios. Si pensamos el «ambiente» en un sentido no espacial, podemos imaginar esta colonización capitalista dirigida a formas de vida no capitalistas, a sistemas de *welfare*, a espacios urbanos a «recalificar» con la «excusa» de una mayor rentabilidad del suelo y a muchas otras tipologías que la «destrucción creativa» de cuño schumpeteriano toma en la contemporaneidad.

D. Harvey remite directamente al trabajo de Luxemburgo, pero prefiere usar la fórmula de «acumulación por desposesión», para desligarse de la dimensión cronológica, que en su lectura está implícita en el sintagma «acumulación originaria». Esa fórmula subraya, desde el punto de vista del geógrafo británico, una dimensión constitutiva del capitalismo, es decir un tipo de acumulación que puede ocurrir de distintos modos, inclusive no violentos, pero que no se limita a la prehistoria de la era burguesa, sino que es un proceso que sigue adelante sin interrupciones (Harvey, 2014).

Escribe Harvey:

la vuelta al dominio privado de derechos de propiedad común ganados con la lucha de clases del pasado (el derecho a una pensión estatal, al bienestar o al sistema de salud nacional) ha sido una de las política de desposesión más egregias llevadas a cabo en nombre de la ortodoxia neoliberal (Harvey, 2005: 115).

Por otra parte, autores como Hardt y Negri (2002 y 2004) y Lazzarato (2013), piensan una periodización del capitalismo en el marco de la cual, a cada salto de paradigma se realiza una nueva ronda de acumulación originaria, entendida como cercamiento y apropiación de los nuevos medios de producción. En este marco, podemos pensar en el cercamiento de medios de producción virtuales, que se lleva adelante, por ejemplo, a través del *copyright*, que llega a embestir ámbitos como la alimentación (semillas transgénicas) o la vida misma (genoma humano). Pero pensamos también en elementos naturales que

cobran valor en un determinado momento, cuando se tornan indispensables<sup>15</sup>.

Hasta aquí problematizamos la noción de «acumulación originaria», quitándole tanto el estatuto de hecho histórico limitado a la primera modernidad inglesa, como también el de etapa obligada de la historia, sin embargo, seguimos enmarcándola bajo una lógica cronológica, indeterminada en el tiempo y en el espacio, pero ordenada bajo una secuencia antes-después, donde unos acontecimientos violentos preceden una coacción normal, dominada por las leyes naturales de la producción.

Ahora bien, si tomamos los trabajos de Marx, el eje de la acumulación originaria gira alrededor de dos polos, uno objetivo y el otro subjetivo, es decir que la acumulación de bienes tiene que ir de la mano con una acumulación de las dos figuras subjetivas que actúan en el escenario del teatro capitalista, donde se encuentran el poseedor de dinero, vuelto capitalista, y el poseedor de fuerza de trabajo, que se torna obrero (Marx, 1975).

Lo que plantea Marx -y que parece desaparecer en lo que definimos escolástica marxista- es que el capital es una relación y que la riqueza, independiente de su cantidad, no es capital si no encuentra determinadas condiciones sociales<sup>16</sup>. La acumulación originaria, como ya dijimos, no es representada sólo por la rapiña de propiedades comunes, sino también por la liberación de los productores de los medios de producción<sup>17</sup>. Esta separación implica, por un lado, que el patrimonio monetario puede comprar las condiciones objetivas del trabajo (los medios de producción) y, por el otro, que puede obtener

trabajo vivo a cambio de dinero. En este marco, la violencia extraeconómica no se manifiesta sólo y exclusivamente en los cercamientos de propiedades comunes y en la expulsión de los antiguos usufructuarios, sino también en las políticas dirigidas a la producción del trabajador asalariado. Como escribe Marx en un pasaje fundamental de los *Gründrisse*:

[a] los trabajadores «libres» («de toda posesión» y «de toda forma de existencia objetiva») se le(s) presentaba como única fuente de recursos la venta de su capacidad de trabajo o la mendicidad, el vagabundeo y el robo. Está históricamente comprobado que esa masa (de fuerza de trabajo) intentó al principio esto último, pero que fue empujada fuera, de esa vía, por medio de la horca, la picota, el látigo, hacia el estrecho camino que lleva al mercado de trabajo (Marx, 1971a: 470).

Algunos de los autores -entre los que ponemos bajo la etiqueta de *postoperaistas*-, han retomado esta indicación y han avanzado en la dirección que lleva a pensar la producción de subjetividad como un factor fundamental del capitalismo. El polo subjetivo de la acumulación originaria se torna, entonces, *conditio sine qua non* del capitalismo. Lazzarato, quien ha titulado un libro con el evocativo nombre de *La fábrica del hombre endeudado*, poniendo el acento en la dimensión antropológica del capitalismo, sostiene que «aquello que definimos como “economía” sería lisa y llanamente imposible sin la producción y el control de la subjetividad y de sus formas de vida» (Lazzarato,

2013: 41). La configuración de lo humano aparece, entonces, como una de las tareas fundamentales del capitalismo (no sólo del neoliberal, vale la pena destacarlo). Si bien, en el mismo texto, Lazzarato habla de acumulación originaria para referirse a una expropiación de bienes necesaria para dar forma a un nuevo paradigma<sup>18</sup>, tenemos en su trabajo una tensión constante entre un capitalismo que se impone «no por contrato o convención, sino por fractura, violencia y usurpación» (Lazzarato, 2013: 51) y la producción de una figura subjetiva que pueda habitar el paradigma dibujado gracias a la violencia y en el cual puedan funcionar los contratos y las convenciones.

En la misma línea, pero subrayando con fuerza la producción de subjetividad de la acumulación originaria, S. Mezzadra plantea que el modo de producción capitalista «no puede existir, conceptualmente, sin el elemento de coacción al trabajo del cual Marx traza la genealogía» (Mezzadra, 2008: 139). Desde ese punto de vista, al concentrarse sobre el origen (*Ursprung*) del capital, Marx «se propone estudiar las condiciones bajo las cuales, “por primera vez”, un conjunto de “abstracciones reales” se “encarnan” en la historia, se vuelven potencias reales y terminan (...) determinando las condiciones a priori de la misma experiencia social» (Mezzadra, 2008: 130-131). Para el autor italiano, este cortocircuito entre abstracto y concreto tiene que darse continuamente; es decir que a nivel lógico tiene que repetirse cada día lo que aconteció, por primera vez, en los orígenes del capitalismo.

El capítulo 24 tendría la función, desde esta perspectiva, de iluminar algunos ca-



racteres fundamentales, pero escondidos, del funcionamiento normal del capitalismo. Una normalidad que se caracteriza por la copresencia de subsunción formal y subsunción real, plusvalor absoluto y plusvalor relativo, violencia e imperio de las leyes. Cualquier imagen de *capitalismo normal* es así puesta en tela de juicio. Como señala el autor, trayendo a colación las páginas marxianas celeberrimas del *Capítulo VI Inédito* (Marx, 1971b: 54 y ss.), el problema de la transición y del origen del capitalismo (subsunción formal), con la carga de violencia que conlleva, está en juego cada vez que la fuerza de trabajo como mercancía no puede ser tomada como un presupuesto descontado y regulado por el mercado del trabajo (Mezadra, 2008: 148). Es decir, cuando las luchas, y las subjetividades que en ella se cocinan, ponen en cuestión la colonización de las dimensiones cotidianas de la existencia. Esto es, para nosotros, lo que está en juego en el giro neoliberal del capitalismo y el caso chileno puede ayudar a aclarar este aspecto.

### 3. *Capitalismo neoliberal y acumulación originaria*

A partir de los cursos de Foucault en el *Collège de France*, una parte considerable del pensamiento crítico ha empezado a abordar el neoliberalismo<sup>19</sup> no en tanto teoría económica o política, sino en tanto práctica gubernamental, es decir en tanto «manera de actuar» que se dirige hacia determinados objetivos. Una práctica que no se caracteriza por anhelar una sociedad última, sino por la reflexión y la acción continuas. Desde este punto de vista, el objetivo de lo que

es definido «gubernamentalidad neoliberal» es la producción de determinadas relaciones sociales, formas de vida y de un sujeto neoliberal: en este sentido, la etapa actual pone en evidencia elementos necesarios del capitalismo, que permanecían en la sombra en anteriores modelos productivos.

Como sabemos, para Foucault (2007) el sujeto neoliberal representa un corte en cuanto a la antropología político-económica. Desde este punto de vista, si el sujeto del liberalismo decimonónico era el hombre del intercambio, el *homo oeconomicus* neoliberal es el hombre de la competencia generalizada, el empresario de sí mismo. En términos de estrategias, podemos agregar que si el capitalismo moderno tenía la necesidad de proletarizar, de producir una masa de disciplinados poseedores de fuerza de trabajo que pudieran habitar las fábricas, el capitalismo neoliberal<sup>20</sup> se encuentra más bien frente a la necesidad opuesta: desproletarizar y reactivar el relato del individualismo propietario, al fin de neutralizar las formas de resistencia colectiva que habían puesto en peligro el mismo modo de producción y acumulación<sup>21</sup>.

Este apartado da vuelta alrededor de una inquietud fundamental que, siguiendo el trabajo de los marxistas contemporáneos que mencionamos, podría formularse en los siguientes términos: si no hay nada natural en el hecho que una clase de individuos esté obligada, para sobrevivir, a vender su fuerza de trabajo como una mercancía, ¿qué hay de natural en el hecho que el hombre se piense a sí mismo y se maneje como una empresa? Aunque, siguiendo a Virno (2003) podemos pensar



que el capitalismo contemporáneo constituye una suerte de exposición universal de los modelos productivos y que el empresario de sí no da cuenta de la totalidad de los actores que pueblan la escena del drama neoliberal, nuestra hipótesis es que es posible pensar la producción del hombre del neoliberalismo en tanto eje subjetivo de una nueva acumulación originaria. Al mismo tiempo, es posible observar nuevos cercamientos que recuerdan el eje objetivo de la misma acumulación. En torno a la relación entre los dispositivos extractivos del capitalismo contemporáneo<sup>22</sup> y la producción del «ambiente» y del sujeto neoliberal se articulan los que definimos «neoliberalismo como desposesión»<sup>23</sup> y «neoliberalismo como tecnología», que implican la cuestión de la contemporaneidad de la acumulación originaria.

Vayamos por partes. Si fijamos nuestra atención en el capitalismo contemporáneo, no podemos negar que un rasgo característico consiste en la producción de un derecho positivo *market friendly* (Harvey 2007) y en la *dispossession* (Harvey 2005) llevadas adelante tanto en el centro, como en la periferia del mundo<sup>24</sup>, tanto por mano de estados, como por mano de los grandes operadores del capital que ponen en acto nuevas formas de acumulación originaria en tanto rapiña. Tampoco podemos negar la existencia del uso de violencia extraeconómica, en el sentido descrito por N. Klein (2007), es decir de *doctrina del shock* llevada adelante gracias a las prerrogativas de la soberanía estatal.

Sin embargo, nos parece que estas lecturas, preciosas por los datos empíricos

que otorgan, no dan cuenta de manera cabal de lo que constituye el carácter peculiar del capitalismo neoliberal. Es decir que se fijan en la dimensión de rapiña y dominación que el neoliberalismo implica y que comparte con etapas anteriores del capitalismo, pero no toman en debida cuenta el nivel productivo-infraestructural y subjetivo en el cual se da la expansión de una lógica económico-empresarial a la propia vida<sup>25</sup>.

Ya aludimos a la dimensión estrategia que subyace al giro neoliberal. Si seguimos al monumental trabajo de Dardot y Laval (2013), podemos pensar el neoliberalismo como uno de los intentos que hubo, en torno a la mitad del siglo XX, de responder a la crisis del liberalismo clásico, en un momento en el que la mano visible de los *manager* había debilitado la fe en la mano invisible del mercado y la idea de que la relación salarial fuese un contrato que comprometía dos voluntades iguales aparecía como una ficción totalmente ajena a la realidad social<sup>26</sup>.

En este sentido, los autores franceses, insertan en ese marco lo que definen «Nuevo liberalismo» o «Socialismo liberal», de autores como J. M. Keynes y L. Hobhouse, y sus esfuerzos que apuntaban a una intervención pública en la cual el Estado tuviese una función de regulación y redistribución. Frente a la libertad «formal» de la tradición liberal, se trataba de (re)establecer una libertad «real», que debía ser garantizada por el Estado (Dardot y Laval, 2013<sup>27</sup>). Lo que Dardot y Laval consideran una versión del liberalismo fue hegemónica en Europa y Estados Unidos en los *Treinta Gloriosos*, como efecto, para Foucault (2007), de lo que ha lla-

mado «pacto de guerra»<sup>28</sup>. Este modelo, más allá del entonces «centro», fue incorporado en las versiones «desarrollistas» del Estado de bienestar de la «periferia».

La otra línea de la «refundación» liberal, conocida como neoliberalismo, ha tomado forma en dos variantes, ordoliberalismo alemán (principalmente en autores como W. Röpke y A. Rustow), y neoliberalismo austro-americano (von Hayek, L. von Mises y, posteriormente, M. Friedman, G. Becker, A. C. Harberger), a partir del Coloquio Walter Lippmann del año 1938, una suerte de «Internacional liberal». En esa sede surge un elemento fundamental para el desarrollo posterior del neoliberalismo: los autores reunidos en París plantearon que el orden del mercado no es un dato natural, sino un producto histórico y una construcción política<sup>29</sup>. Por esta razón, el Estado no tiene que ser un espectador pasivo en las relaciones económicas; de todas maneras, no se trata de ejercer una coacción hacia quienes constituyen una amenaza para la libertad de los demás, es decir, de limitar el mercado y la libertad del capital a través de una acción correctiva. Se trata, al contrario, de desarrollar y purificar el mercado de la competencia, a través de una jaula jurídica cuidadosamente producida (Dardot y Laval, 2013). El objetivo era la construcción de una sociedad de derecho privado basada en la competencia generalizada, a cuyas reglas tuviera que someterse el mismo Estado. Este tenía que abandonar toda pretensión de establecer finalidades que respondieran a un «bien común» o a un «interés público».

Lippmann, principal animador del coloquio que toma su nombre, planteaba que

el objetivo del neoliberalismo no era la instalación de un modelo ideal —esto lo demuestra la diversidad de las experiencias históricas que podemos tildar de neoliberales— sino la adecuación de la «sociedad humana a la mutación industrial y comercial» (Lippmann, 1937)<sup>30</sup>. Formas de vidas y mentalidades tendrían así que reconfigurarse constantemente en base a las mutaciones de esa instancia. La política neoliberal debe así apuntar, en primer lugar, a modificar a ese inadaptado crónico que es el ser humano<sup>31</sup>, para que pueda habitar la sociedad de la competencia generalizada, y, en segundo lugar, a transformar el mismo modo en que el hombre se representa su vida y su destino<sup>32</sup>.

En el debate actual, la figura subjetiva del empresario de sí mismo ha sido trabajada por distintos autores, que la han abordado desde diferentes puntos de vista, mostrando las aporías que la constituyen y la necesidad de ir más allá de una definición tan genérica. Se trata, sin embargo, de una definición que es útil para pensar las formas contractuales que liberan a la empresa de toda carga «social» y obligan al particular a asumir los costos y los riesgos de una economía flexible y financiarizada, que externaliza cada vez más hacia la sociedad el Estado de bienestar (Lazzarato, 2013). Si el objetivo de los neoliberales (en particular en su variante del ordoliberalismo alemán) era desproletarizar la sociedad para desactivar el potencial político de la subjetividad obrera industrial (por medio, por ejemplo, del acceso a la propiedad), nos encontramos hoy frente a un doble movimiento que, por un lado, continúa esa obra de desproletarización, a través de la retórica del «empresario de sí

mismo» y del «capital humano», pero que a la vez produce un empobrecimiento de las clases medias y de los trabajadores *free lance* que -por lo menos en la Europa del segundo posguerra- no tiene antecedentes<sup>33</sup>.

Dijimos que el *free lance* es la figura subjetiva paradigmática del neoliberalismo, sin embargo con esto no quisimos decir que los *free lance* sean la mayoría de los trabajadores, ni siquiera en los países con un capitalismo más «avanzado», ni que hayan desaparecido las fábricas. Lo que es fundamental destacar es que la figura del «empresario de sí» u «hombre empresa» se desarrolla también en el seno de la organización del trabajo postfordista, en el marco de la cual *empowerment* y responsabilidad tienen su lado oscuro en la hipertrofia de los mecanismos de control. Como sostienen Nicoli y Paltrinieri (2014) «la integración de los particulares a los objetivos de la organización de la empresa se ha hecho y se hace principalmente a través de la generalización y la extensión del modelo de la empresa a los individuos mismos» (50).

Es este el terreno que nos parece fundamental pensar a través de la noción de acumulación originaria, para pensar la violencia que está en juego en la producción del *homo oeconomicus* neoliberal.

En el próximo apartado nos detenemos en el caso chileno, porque nos parece emblemático no tanto para desmistificar la supuesta democraticidad del liberalismo, sino justamente para problematizar las numerosas lecturas del neoliberalismo que, aun arrojando luz sobre algunas de sus lógicas de funcionamiento, dejan de lado el hecho de que se trata de un saber de parte

y que, en tanto tal, «no está hecho para conocer, está hecho para hacer tajos» (Foucault, 1992: 21).

#### 4. Neoliberalismo y acumulación originaria en el Chile post-golpe

Dijimos, en la «Introducción», que consideramos el modelo chileno como pionero en cuanto a la forma en que el capitalismo neoliberal se desarrolla «desde arriba». Trataremos, por lo tanto, de poner a prueba las hipótesis que venimos planteando en el terreno de la historia contemporánea de Chile, desde lo que puede ser pensado como su (re)fundación después del 11 de septiembre de 1973.

A partir del planteamiento del sociólogo T. Moulian (2002), según el cual el Chile actual no es pensable fuera de la relación con el golpe de Pinochet y de la combinación de fuerzas<sup>34</sup> que puso fin al gobierno de Allende, se tratará de reflexionar sobre la manera en que se articulan ahí un neoliberalismo como desposesión y un neoliberalismo como tecnología (o biopolítico) y, paralelamente, como se piensa este modelo a través de la noción marxiana de acumulación originaria, tal y como es tratada en el debate contemporáneo.

Por lo que concierne el neoliberalismo como desposesión, nos parece que un ejemplo claro es el así llamado «tratamiento de shock», basado en un recorte brutal del gasto público, llevado adelante a partir de 1975 por el entonces ministro de economía De Castro<sup>35</sup>. Este tratamiento implicó una larga lista de privatizaciones de empresas y recursos estatales, cuyos beneficiarios han sido un grupo de personas vinculadas o directamente pertene-

cientes al régimen militar, a los cuales les han sido prácticamente regalados empresas y bancos públicos<sup>36</sup>. Pero también, podemos pensar en una desposesión coextensiva al funcionamiento normal del modelo, que dura hasta el día de hoy; nos referimos a la sustracción continua de recursos, característica de un capitalismo extractivo, en la acepción ampliada a la que aludimos más arriba. Esta sustracción de recursos ha sido posibilitada por un derecho extremadamente *market friendly* y es emblemático, al respecto, pensar en un sector estratégico como la minería<sup>37</sup>, pero también en la extracción de riqueza por parte de los sistemas de pensiones privadas (las *Afp*, que ni siquiera contempla la posibilidad de un sistema previsional estatal), de educación y de salud, que constituyen un espacio que ha sido externalizado por el Estado y que es importante para el capital.

Por lo que concierne al neoliberalismo como tecnología (o biopolítico) es necesario tener en cuenta que, en el marco de las dictaduras sudamericanas de los años '70, Chile ocupa un lugar particular, porque se ha configurado como una «dictadura soberana» (Cristi, 2011) y no como una simple suspensión de la soberanía. Es decir que, en Chile, tuvo lugar lo que ha sido llamado «revolución capitalista» (Moulian, 2002), porque el golpe no tomó el camino de una restauración que pretendiera volver a las viejas estructuras latifundistas, anteriores a la reforma agraria de 1965<sup>38</sup>, mediante una pacificación represiva<sup>39</sup>. Al mismo tiempo, el propósito del régimen era el de modificar la lógica mercado-internista de la industrialización, característica de la concepción desarrollista del Estado<sup>40</sup>.

Para que esta revolución capitalista tomara forma, la sociedad chilena necesitó, sostiene Moulian (2002) de un «disciplinamiento simultáneo de los asalariados y de los burgueses» (31). En este sentido fue determinante el papel de los militares, que eran externos a las diferentes fracciones de capital y que operaron en conjunto con los economistas neoliberales, quienes otorgaron una racionalidad y una legitimidad a la voluntad de poder de aquellos. Esta suerte de «alianza» entre militares y neoliberales ha permitido implementar un modelo teorizado en algunos departamentos universitarios en un territorio «liberado» de la resistencia a través del terror de Estado.

Nos parece fundamental fijar nuestra atención en algunas cuestiones que consideramos centrales para nuestros planteamientos y que están profundamente imbricadas entre sí: en primer lugar, en la imposición de lo que en términos foucaulteanos podemos llamar un nuevo «régimen de verdad»; en segundo lugar en la constitucionalización del capitalismo en el marco de lo que ha sido definido «nueva institucionalidad»<sup>41</sup>; y, finalmente, en la difusión de un relato que dibujaba el allendismo como caos comparable al estado de naturaleza hobbesiano.

En primera instancia, nos parece feo cuando hacer referencia al hecho de que la mañana posterior al golpe no estaba claro el rumbo que iba a tomar la nueva etapa política, por las diferencias que atravesaban al bando golpista, unido sólo por el odio al proyecto allendista. En este contexto, jugaron un papel fundamental un grupo de jóvenes economistas, conocidos como *Chicago boys*, que se habían formado principalmente en la facultad de

Economía de la Universidad de Chicago, dirigida por M. Friedman, para la tarea de proveer racionalidad a un *eventual* proyecto económico anti-estatista<sup>42</sup>. Se trataba, en palabras de Valdés (1989), de «nuevos filósofos» que tenían que proveer la ciencia y modernizar la sociedad (180). Apoyándose en el poder de los uniformados, a quienes les faltaba un proyecto político propio, los economistas neoliberales y sus teorías alcanzaron así una hegemonía que, pese a varias crisis económicas<sup>43</sup>, se mantiene hasta el día de hoy, debido a que su discurso ha logrado imponerse como un saber científico. Si el terror se concentró sobre todo en los primeros años del pinochetismo y se dirigió hacia funcionarios del allendismo, militantes y simples simpatizantes; por otro lado, el dispositivo de saber, que es lo que ha permitido la continuidad del Chile actual con la dictadura, ha operado como un régimen de verdad que ha posibilitado la eliminación de los así llamados opositores «parciales», es decir, capitalistas sin ninguna simpatía por el gobierno de la UP, pero sostenedores de cierta función proteccionista y reguladora del Estado. Contra esta oposición no ha operado la violencia del secuestro, la tortura y la desaparición -versión «setentera» de las marxianas horca, picota y látigo-, sino la capacidad estigmatizadora de un orden del discurso que expulsó fuera de la senda de la razón a toda perspectiva que se atrevía a levantar una crítica. Como sostiene Moulian (2002), los que se atrevieron a criticar fueron tildados de «estadistas o socializantes, se les motejó como ignorantes, desconocedores de la ciencia económica» (197). En otras palabras, el relato neoli-

beral operó como un sistema de exclusión según el cual, si nos situamos en el interior del discurso, la partición entre lo verdadero y lo falso no es arbitraria, modificable, institucional o violenta (Foucault, 2005). Ese orden lo dibujaron los *Chicago boys* y los militares aseguraron que sus fronteras no fueran franqueadas.

En segunda instancia, como dijimos, nos parece fundamental subrayar la «constitucionalización» del capitalismo, que nos da la dimensión de un proyecto mucho más amplio y ambicioso de la simple aplicación de un conjunto de medidas macroeconómicas. De hecho, J. Guzmán (1979a), quien puede ser considerado como el arquitecto del Chile actual<sup>44</sup>, ha desligado claramente, e inclusive de manera polémica, lo que se conoce como «nueva institucionalidad» de un modelo exclusivamente económico. Por esto, algunos juristas (Bauer, 1998; Ferrada Borquez, 2000) se refieren a la Constitución de 1980<sup>45</sup>, con la cual se institucionaliza el modelo, en términos de «constitución económica». Con esta fórmula no quieren indicar que la «democracia limitada», inspirada en el liberalismo austro-americano<sup>46</sup>, remita directamente a una economía de mercado, sino al hecho de que ha producido un marco legal, político y social en el interior del cual esta economía pueda desenvolverse libremente. La Constitución ha marcado, así, según una sugestiva fórmula de F. Muñoz (2017), «el *nunca más* de la dictadura», en el sentido de que hizo que «*nunca más* el Estado dispusiese de los instrumentos para redistribuir significativamente la propiedad, ni las clases subalternas el poder -popular- para demandar tal intervención».

En tercera instancia, tenemos una referencia directa a lo «originario», a lo fundacional del modelo chileno en el relato construido por la propia dictadura, a través de los discursos oficiales y de los medios de comunicación. El papel que se autoasignaron los hombres del régimen era el de fundar una democracia moderna y, desde su punto de vista, esta (re)fundación era necesaria porque la Constitución de 1925 no había estado en condiciones de salvar la democracia del caos del gobierno de la UP. La atmósfera hobbesiana emerge constantemente en los discursos de los hombres de la dictadura, a los cuales los medios daban amplia cobertura, sobre todo en la campaña que precedió el plebiscito para la aprobación de la constitución. En ese contexto el propio Pinochet afirmaba que la alternativa era entre «volver paulatina pero inexorablemente a la noche de los mil días negros de Chile, con todo ese acumulo de angustia y miseria que nos azotó sin piedad. O tomar la ruta que patrióticamente estamos señalando a nuestros conciudadanos». Paralelamente, Á. Bardón, director del Banco Central, afirmaba: «no existe una alternativa [...] el “No” es el caos» (Vëto y Garretón, 2010: 262).

Ahora bien, si queremos pensar el neoliberalismo chileno a través de la noción de acumulación originaria, por un lado es bastante sencillo el paralelo entre la dimensión desposesiva y lo que llamamos el polo objetivo de la acumulación originaria. Tanto si lo pensamos como dimensión que precede cronológicamente un funcionamiento normal, el «tratamiento de *shock*» la década 1975-1985, como si lo pensamos como elemento que acompaña el funcionamiento normal del capi-

talismo contemporáneo, es decir su dimensión extractiva. Asimismo, el reverso del sistema de derecho *pro-mercado*, no constituye solamente un espacio donde el capital pueda valorizarse, sino también un espacio de producción de un determinado sujeto para el cual, en la actualidad, podemos usar la afortunada fórmula de Lazarato (2013): «hombre endeudado».

En el caso de lo que llamamos neoliberalismo como tecnología, tenemos varios elementos para tener en cuenta, ya que este implica elementos regulativos, epistémicos y subjetivos, que conllevan la apertura de ámbitos productivos que no pueden ser definidos por la mera expropiación; lo cual impide superponer esta dimensión del neoliberalismo con la noción de acumulación originaria. Sin embargo, hay un elemento fundamental que nos permite enmarcar en el neoliberalismo biopolítico el polo subjetivo de la acumulación originaria. De hecho, lo fundacional del proyecto neoliberal implicaba, escribe Valdés (1989), «acciones profundas y prolongadas para cambiar la mentalidad chilena» (14).

Nos parece que en el Chile de Pinochet, y por esto hablamos de neoliberalismo biopolítico, ha sido llevado adelante un diseño político-institucional que apuntaba (y apunta) a la producción constante de una sociedad de emprendedores<sup>47</sup> y que no deja alternativas a la incorporación, entusiasta o no, de una lógica empresarial<sup>48</sup>. En este sentido, la articulación de «nueva institucionalidad» y orden del discurso neoliberal, puede ser descrita de manera eficaz, retomando las sugestivas palabras de J. Read (2003), como «la generación y la normalización de creen-



cias, apariencias y deseos y, por consiguiente, la creación y la generalización de particulares prácticas cotidianas, hábitos, o comportamientos subjetivos, así como la creación de nuevas instituciones, leyes y prácticas» (41). Lo que es *conditio sine qua non* para que un modo de producción pueda funcionar.

En definitiva, nos parece posible plantear que el modelo chileno tiene mucho por decir al presente neoliberal, en tanto ejemplo pionero y en tanto país que es tomado muchas veces como ejemplo exitoso. Y esto porque el caso que analizamos arroja luz sobre el origen violento de ciertas abstracciones que determinan las condiciones *a priori* de la experiencia neoliberal.

### Bibliografía

- Amin, S. (1975). *La acumulación en escala mundial*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Atria, F. (2013). *La Constitución tramposa*, Santiago de Chile: Lom.
- Bauer, C. J. (1998). «Law and Economics in the 1980 Constitution», en *Beyond Law* 7, 22, 137-161.
- Becker, G. (1983). *El capital humano*, Madrid: Alianza.
- Becker, G. (1987). *Tratado sobre la familia*, Madrid, Alianza.
- Bonefeld, W. (2012). «La permanencia de la acumulación primitiva: fetichismo de la mercancía y constitución social», en *Theomai* 26.
- Bonnefoy, P. (2013). «Las reservadas negociaciones de los gobiernos de Allende y Nixon sobre la nacionalización del cobre», en *Estudios Internacionales* 175, 79-108.
- Butt, R. (1981). «Mrs Thatcher: The First Two Years», en *The Sunday Times*, 3 de mayo.
- Chackrabarty, D. (2008). *Al margen de Europa ¿Estamos ante el final del predominio cultural europeo?*, Barcelona: Tusquets.
- Cristi, R. (2011). *El pensamiento político de Jaime Guzmán. Una biografía intelectual*, Santiago de Chile: Lom.
- Crozier, M., Huntington S. y Watanuki J. (1975). *The Crisis of Democracy. Report on the Gobernability of Democracies to the Trilateral Commission*, New York: New York University Press.
- Dardot, P. y Laval, C. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Barcelona: Gedisa.
- De Angelis, M. (2012). «Marx y la acumulación primitiva», en *Theomai* 26.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Buenos Aires: Tinta Limón.
- Ferrada Borquez J. C. (2000). «La Constitución de 1980: algunas reflexiones críticas», en *Revista de derecho* 11, 47-53.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*, Madrid: La Piqueta.
- Foucault, M. (2005). *El orden del discurso*, Buenos Aires: Tusquets.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Gago, V. (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires: Tinta, Limón.
- Gago, V. y Mezzadra, S. (2015). «Para una crítica de las operaciones extractivas del capital. Patrón de acumulación y luchas sociales en el tiempo de la financieri-



- zación», en *Nueva Sociedad* 255, 38-52.
- Guzmán, J. (1979a). «Esclarecimientos necesarios», en *Ercilla*, 18 de julio.
- Guzmán, J. (1979b). «El sufragio universal y la nueva institucionalidad», en *Realidad* I, 3.
- Hardt, M. y Negri, A. (2002). *Imperio*, Buenos Aires: Paidós.
- Hardt, M. y Negri, A. (2004). *Multitud*, Buenos Aires: Debate.
- Harvey, D. (2005). *El «nuevo» imperialismo: acumulación por desposesión*, Buenos Aires: Clacso.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal.
- Harvey, D. (2014). *Guía de El Capital de Marx. Libro Primero*, Madrid: Akal.
- Hayek, F. (1975). *Los fundamentos de la libertad*, Madrid: Unión Editorial.
- Hayek, F. (1980). «La pérdida del ideal democrático», en *Estudios Públicos* 1, 12-20.
- Hayek, F. (2011). *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza.
- Klein, N. (2007). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Buenos Aires: Paidós.
- Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Lenin, V. I. (1972). *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, Santiago de Chile: Quimantú.
- Lippmann, W. (1937). *The Good Society*, Boston: Little, Brown and Company.
- Luxemburgo, R. (2011). *La acumulación del capital*, Madrid: Ediciones Internacionales Sedov.
- Marx, K. (1971a). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, México: Siglo XXI.
- Marx, K. (1971b). *El Capital. Libro I Capítulo VI (inédito)*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marx, K. (1975). *El Capital*, México: Siglo XXI.
- Marx, K. (2013). *Artículos periodísticos*, Barcelona: Alba.
- Mezzadra, S. (2008). *La condizione postcoloniale*, Verona: Ombre Corte.
- Midnight Notes Collective. (2012). «Los nuevos cercamientos», en *Theomai* 26.
- Möckenberg, M. O. (2001). *El saqueo de los grupos económicos al Estado de Chile*, Santiago de Chile: Ediciones B.
- Moulian, T. (2002). *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago de Chile: Lom.
- Muñoz, F. (2017). «El neoliberalismo como constitución», en *Revista Bordes*, 11 de septiembre [Disponible online en <http://revistabordes.com.ar/el-neoliberalismo-como-constitucion/>].
- Nicoli, M. y Paltrinieri, L. (2014). «Il management di sé e degli altri», en *Aut Aut* 362, 49-74.
- Read, J. (2003). *The Micro-Politics of Capital. Marx and the Prehistory of the Present*, Albany: State University of New York Press.
- Tronti, M. (2001). *Obreros y capital*, Madrid: Akal.
- Valdés, J. G. (1989). *La escuela de Chicago: operación Chile*, Buenos Aires: Zeta.
- Van der Linden, M. (2008). *Workers of the World. Essays toward a Global Labour History*, Leiden: Brill.
- Vergara Estévez, J. (2015). *Mercado y sociedad: la utopía política de Friedrich Hayek*, Santiago de Chile: Clacso.

- Vetö, S. y Garretón, F. (2010). «Legitimación de la Constitución de 1980 en *El Mercurio*, 1980-1986», en *Pléyade* 6, 241-288.
- Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud: para un análisis de las formas de vida contemporáneas*, Madrid: Traficantes de sueños.
- Zarembka, P. (2012). «La acumulación primitiva en el marxismo, ¿separación histórica o trans-histórica de los medios de producción?», *Theomai* 26.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Es posible ver una parte de la entrevista concedida a la *CNN* online en <https://www.youtube.com/watch?v=d37z90pz-qE>.

<sup>2</sup> Así lo entendemos también cuando, para no volver demasiado pesada la redacción, usamos «neoliberalismo».

<sup>3</sup> Cabe subrayar que la época posterior al Golpe, cuando se gestó el Chile contemporáneo, es la misma de la primera reunión de la *Comisión Trilateral* (octubre 1973); el momento en que M. Crozier, S. Huntington y J. Watanuki redactaron las bases teóricas de aquella: *The Crisis of Democracy* (1975), cuya tesis fundamental plantea que limitar la democracia es el único modo para salvarla.

<sup>4</sup> Con respecto a este tema, el historiador M. Van der Linden (2008) ha subrayado la necesidad de poner en tela de juicio la idea según la cual el trabajo libre asalariado es un estándar del capitalismo. Idea que, para el autor holandés, no resiste a una investigación histórica, ni a un análisis del capitalismo contemporáneo.

<sup>5</sup> Con «desde arriba» nos referimos al neoliberalismo impulsado por organismos financieros internacionales, corporaciones y gobiernos (Gago, 2014). Dejamos entonces de lado el sugerente análisis de la misma autora argentina sobre el neoliberalismo «desde abajo».

<sup>6</sup> Se trata de una consideración introductoria, que simplifica demasiado el problema y se enfoca exclusivamente en ese neoliberalismo «desde arriba», en ese relato que expulsa del espacio de «pensabilidad» cualquier medida de corte neokeynesiano. Es cierto que en los últimos años se han dado movimientos que han cuestionado radicalmente la lógica neoliberal,

como el estudiantil, pero el quiebre de lo que Gago llama «la legitimidad política del neoliberalismo “desde arriba”» (Gago, 2014: 11), desde nuestro punto de vista, en Chile no se dio.

<sup>7</sup> En el caso de los así llamados gobiernos progresistas latinoamericanos, la cuestión es más complicada, porque ahí sí se quebró la legitimidad política del neoliberalismo. Abordar a cabalidad esta cuestión merecería un artículo aparte.

<sup>8</sup> Podemos citar a varios autores que han trabajado, desde distintas perspectivas, sobre esta categoría. En el contexto anglosajón señalamos las revistas *Midnight Notes* y *The Commoner*. Entre los autores de habla inglesa que han trabajado más sobre el concepto podemos nombrar a G. Caffentzis, M. de Angelis, W. Bonefeld y M. Perelman (varios aportes de estos autores han sido publicados en castellano, en 2012, por la revista argentina *Theomai*). Siempre en idioma inglés, la noción de *Accumulation by dispossession*, usada por D. Harvey (2005), trae a colación el problema de la acumulación originaria. La misma noción ha sido abordada también desde un punto de observación feminista; al respecto son imprescindibles los trabajos de S. Federici y M. Dalla Costa. En la línea del marxismo postoperaista, que nos interesa particularmente porque nos permite leer el problema a la luz de la producción de subjetividad, la cuestión de la acumulación originaria emerge en los trabajos de A. Negri (también en los escritos con M. Hardt), M. Lazzarato y S. Mezzadra.

<sup>9</sup> Al respecto Lenin no sigue a Marx, que en una célebre carta a la populista Vera Zasúlich, sostuvo que el análisis presentado en el

*Capital* se limitaba a Inglaterra -el único país donde se había realizado de manera radical el sistema capitalista, basado en la separación de los productores y los medios de producción y en la expropiación de los campesinos- y a los demás países de Europa occidental que iban, por ese entonces, por el mismo camino (Marx y Engels, 1980).

<sup>10</sup> Este punto de vista es atribuible también al Marx del *Capital*, como hace el *Midnight Notes Collective* (2012), pero sobre todo en las consideraciones sobre los países periféricos, pensamos de manera particular a los artículos sobre la India escritos por el *New York Daily Tribune* (cfr., Marx, 2013).

<sup>11</sup> Retomamos esta expresión, extremadamente fecunda, de D. Chackrabarty (2008), quien la usa, en un sentido parecido, para referirse a la actitud de J. S. Mill de considerar a los indios y a los africanos como «no todavía» suficientemente civilizados para la forma política más elevada: el autogobierno (35).

<sup>12</sup> Desde el punto de vista de la autora, al tener la expansión del capitalismo un límite espacial, el imperialismo era sí un método histórico para prolongar la existencia del capitalismo, pero a la vez la manera más segura de adelantar su fin.

<sup>13</sup> Como dijimos, Luxemburgo especifica que no se trata de acumulación originaria, sino de una continuación del proceso capitalista. Justamente por esto, P. Zarembka (2012), en un polémico texto aparecido en 2002 en *The Commoner*, que demuestra la vitalidad del debate y contribuye a dibujar una suerte de pequeño estado del arte, plantea que es forzada la lectura que De Angelis da de Luxemburgo. En el mismo texto, y apoyándose en los trabajos de Marx, el mismo autor rechaza cualquier intento de pensar la acumulación originaria fuera del contexto descrito en el *Capital*.

<sup>14</sup> Nos referimos acá a la incorporación, por parte de los editores, de la que ha sido definida la *Revolución copernicana* de Tronti (2001), quien planteaba que el desarrollo capitalista era motorizado por la conflictividad obrera. Ob-

viamente estamos simplificando mucho, sin embargo algunos autores del colectivo *Midnight Notes*, como S. Federici (2010), reivindicaban directamente la influencia del *operaismo* como fundamental en su producción teórica.

<sup>15</sup> Nos parece que el caso paradigmático es el de las guerras por el coltán, mineral fundamental para la producción del *hardware* en el capitalismo informacional, en la República Democrática del Congo.

<sup>16</sup> De hecho, la acumulación de riqueza existe desde siempre y en la antigüedad era objeto de estudio de la *crematística*.

<sup>17</sup> Se trata de una liberación funcional al modo de producción capitalista. En su *Calibán y la bruja*, Federici se ha enfocado en el origen del capitalismo desde el punto de vista de la mujer, planteando que el cuerpo de la mujer ha sido la primera máquina, antes de la *Jenny* y del reloj (Federici, 2010). Si bien nos parece que la autora es demasiado indulgente con las formas de vida medievales, es interesante subrayar que en un trabajo muy fundamentado, postula que el capitalismo ha significado una considerable pérdida de libertad para las mujeres, pero no solamente para ellas.

<sup>18</sup> Al respecto, el autor escribe: «no es una de sus etapas históricas, sino una actualidad siempre renovada» (Lazzarato, 2013: 51).

<sup>19</sup> Acá es particularmente necesario pensar en la aclaración que hicimos en la introducción. Ya que en los debates (críticos) sobre neoliberalismo se abordan un sinnúmero de problemas y se asumen perspectivas a veces incompatibles entre sí. En este trabajo nos referimos exclusivamente al capitalismo neoliberal.

<sup>20</sup> En realidad, la inquietud de la desproletarización, sobre la cual volveremos, ocupa el centro de las preocupaciones liberales desde los años '30. Pensamos en particular en el Coloquio Walter Lippmann de 1938.

<sup>21</sup> Es interesante la genealogía que P. Virno (2003) traza del modelo productivo contemporáneo, que piensa como una contrarrevolución, en el sentido de una revolución en sentido contrario, en el marco de la cual el capital se re-

configura para poner a valor los rasgos subjetivos que habían caracterizado una conflictividad radical, como el éxodo de las fábricas, el rechazo al trabajo fijo, cierto manejo de las nuevas tecnologías, etc.

<sup>22</sup> Siguiendo a Gago y Mezzadra (2015), entendemos la noción de extracción de una manera que amplía la concepción clásica e integra lo territorial con lo digital (*data mining*) y lo financiero (43).

<sup>23</sup> Se nos podría objetar que el neoliberalismo como *desposesión* no tiene que acompañarse necesariamente al neoliberalismo como *tecnología* y que, por lo tanto, no constituye una novedad sustancial del modelo actual. Sin embargo, en la exposición universal del capitalismo contemporáneo no existe un capitalismo que no sea neoliberal, bajo cuya racionalidad se articulan formas que fueron hegemónicas en otros momentos.

<sup>24</sup> Autores como Hardt y Negri (2002) han cuestionado el esquema centro-periferia en una hipótesis, muy sugerente, que piensa la superposición de los dos en los mapas de la geografía política. Aquí usamos «centro» y «periferia» para referirnos a la división geográfico-política que podemos definir «colonial».

<sup>25</sup> Pensamos en las reflexiones de G. Becker (1983 y 1987), quien lleva al paroxismo esa lógica, aplicándola a espacios tan íntimos como la elección de la pareja y a la planificación de los hijos.

<sup>26</sup> No es nuestra intención, aquí, cuestionar con los argumentos de Marx (1867 y 1971a) una perspectiva, como la liberal, que se queda en el nivel de la circulación y olvida penetrar en el «secreto taller de la producción». Nos interesa, al contrario, el debate liberal frente a aquella crisis de legitimidad y queremos resaltar los efectos producidos por aquellas teorías, en el momento en que se transformaron en un régimen de verdad.

<sup>27</sup> Esta reconstrucción que Dardot y Laval hacen del debate se encuentra en la primera parte del texto, que no ha sido incluida en la versión en castellano.

<sup>28</sup> Un pacto en el marco del cual los gobiernos, principalmente el inglés y el estadounidense «decían a la gente que acababa de atravesar una crisis económica y social muy grave: ahora les pedimos que se hagan matar, pero les prometemos que, si hacen eso, conservarán sus empleos hasta el final de sus días» (Foucault 2007: 251). Nos parece una lectura sugestiva para pensar el origen del *welfare* que no da cuenta, por supuesto, de la manera en que se transformó en un terreno de luchas y reivindicaciones.

<sup>29</sup> Obviamente hay diferencias sustanciales entre, por un lado, la variable alemana, atravesada por la preocupación «cristiana», y el interés por el sufrimiento y la justicia y, por otro, la variable de los Hayek y los Mises. Lo que aquí nos interesa resaltar, es que aun en el caso de un autor como Hayek, quien plantea la espontaneidad del mercado, que pertenecería al orden del *kosmos* y no al orden de la *taxís*, es decir de lo creado, «el mercado requiere la existencia del Estado [que] debe crear las condiciones, “las reglas del juego”, para su funcionamiento y cautelar el ejercicio de la libertad económica» (Vergara Estevéz, 2015: 193). El filósofo austriaco se refiere a ámbitos como el monopolio de la fuerza, al mantenimiento de un sistema monetario, al establecimiento de pesos y medidas, así como los registros de propiedad y las estadísticas (Hayek, 1975).

<sup>30</sup> Este esquema presupone cierta autonomía de la instancia productivo-económica, cuya espontaneidad el Estado tiene que fomentar (porque no es «natural»), limitándose a ordenar la sociedad que sobre ella se edifica. Hayek (2011) usa, al respecto, el célebre ejemplo del «código de tránsito».

<sup>31</sup> Tenemos aquí otro giro radical respecto de la antropología política del liberalismo clásico.

<sup>32</sup> Como señalan Nicoli y Paltrinieri (2014) la palabra «cambio» es un verdadero estribillo en el ámbito del *management*. «La forma-empresa -escriben- más en el momento en que se torna forma de vida, escapa de la rigidez y persigue la flexibilidad» (72).

<sup>33</sup> El mundo latinoamericano es más complejo, por las diferentes historias de los países y por las numerosas dictaduras, con respecto de los 70 años de paz -en el sentido no sólo de ausencia de confrontación militar entre Estados soberanos, sino también de ausencia de suspensiones generalizadas y prolongadas de los principales derechos constitucionales- de los países más ricos de Europa.

<sup>34</sup> La fórmula que usa el sociólogo es la de un *ménage à trois*, «es la materialización de una cópula incesante entre militares, intelectuales neoliberales y empresarios nacionales o transnacionales» (Moulian, 2002: 27).

<sup>35</sup> Klein (2007) indica que el gasto público fue recortado del 27% «de un sólo golpe» y que en torno al 1980 era la mitad de lo que había sido durante el gobierno de Allende. Asimismo, en los primeros 10 años de dictadura se perdieron alrededor de 177.000 puestos de trabajo.

<sup>36</sup> Remitimos, al respecto, al muy documentado trabajo de investigación de la periodista M. O. Mönckemberg (2002).

<sup>37</sup> Como reconstruye Bonnefoy (2013), la nacionalización de la minería había sido fundamental en las calidades de las relaciones entre Chile y Estados Unidos, que tenían intereses en el país sudamericano. Existen grabaciones del otrora presidente R. Nixon hablando de Chile, disponibles en el sitio <http://nixon tapes.org/chile.html>.

<sup>38</sup> La reforma fue aprobada por el gobierno guiado por el demócrata-cristiano E. Frei Montalva, anterior al de la Unidad Popular.

<sup>39</sup> Esta era la idea de una parte de los militares más cercanos a la *Democracia Cristiana* (Moulian, 2002).

<sup>40</sup> De hecho, según J.M. Valdés (1989), la principal diferencia entre el Chile de Pinochet y las dictaduras brasileña y argentina -los países más «importantes» de la región-, fue que en Brasil los militares tuvieron una actitud mucho más estatista, mientras que en Argentina un proyecto auténticamente liberal fracasó por la tensión entre liberales y populistas. Escribiendo en la actualidad, por lo que concierne a

Argentina, nos parece más correcto hacer referencia a una oposición latifundistas/liberales.

<sup>41</sup> Con el sintagma «nueva institucionalidad» se hace referencia a la ruptura del orden constitucional fundado en la Carta de 1925.

<sup>42</sup> Estos jóvenes habían estado trabajando en secreto desde 1972, bajo la guía del decano de la facultad de Economía de la Universidad Católica de Santiago, Sergio de Castro, y con el apoyo financiero de la *Cia*, en un programa de gobierno alternativo, conocido como *El Ladrillo*, en el caso de que Allende hubiese sido derrocado. Por lo que concierne el apoyo estadounidense remitimos al documento oficial disponible online <https://www.intelligence.senate.gov/sites/default/files/94chile.pdf>.

<sup>43</sup> Durante el bienio 1975/76 los indicadores económicos marcaron datos peores del bienio 1972/73, que en el imaginario colectivo se recordaban como años de una crisis nunca vista antes; el caos que necesitaba una refundación (Moulian, 2002).

<sup>44</sup> R. Cristi (2011), el biógrafo intelectual de Guzmán, sostuvo que este no era simplemente lo que en términos schmittianos puede ser definido *Kronjurist*, sino que «en materias constitucionales la corona la porta él mismo» (46). De hecho, la *Comisión de Estudio de la Nueva Constitución Política de la República de Chile* (CENC) era conocida como *Comisión Ortúzar*, por el nombre de su presidente, pero no cabe duda sobre quién era la guía intelectual de la comisión.

<sup>45</sup> Redactada y aprobada durante el régimen de Pinochet, la Constitución de 1980 ha sido reformada en 1989, por la propia dictadura, y en 2005, bajo la presidencia de R. Lagos, y ha sido depurada de sus rasgos más autoritarios (por ejemplo, los senadores designados). Sin embargo, aunque Lagos se ha referido a la Constitución reformada en términos de un «nuevo piso institucional compartido», el nuevo texto sigue siendo marcado por Guzmán y, como sostiene el constitucionalista F. Atria (2013), mantiene el propósito de impedir cualquier cambio sustantivo en términos político-económicos.

<sup>46</sup> Guzmán estuvo muy influenciado por la idea de «democracia limitada» de Hayek, cuyo principal problema era el de deshacerse de una constitución «enferma de estatismo», como la de 1925 en Chile, y limitar las prerrogativas del Estado (Hayek, 1980; Guzmán, 1979b).

<sup>47</sup> Podríamos citar la políticas de los *Fondos concursables*, como manera de acceder a los financiamientos públicos, el régimen tri-

butario extremadamente ágil, la baja presión fiscal, el derecho laboral, en tanto medidas que no sólo estimulan, sino que obligan, a los sujetos a pensarse como empresas y a actuar como tales en el mundo del trabajo.

<sup>48</sup> No queremos, de ninguna manera, decir que no hay formas de resistencia individual, ni que el neoliberalismo puso fin a la historia eliminando cualquier posibilidad de resistencia colectiva.